

DEL LLANO MANCHEGO



LA PAZ DE LA ALQUERÍA

A la hora del crepúsculo vespertino; cuando después de la ruda faena efectuada bajo un sol canicular, de pleno estiaje, regresa el campesino espoleando a su flácida yunta que hace partir un dulce tintineo de las campanillas que adornan sus guarniciones; cuando entre la greguería de las voces pastoriles y el armónico sonar de sus esquilas, descienden las ovejas en confuso tropel, de un suave otero; cuando cesan los arcaduces de desgranar el agua cristalina que convertirá en ubérrimas a las agrestes rañas... es cuando más poesía hay en la llanura manchega, parda como sayal de asceta, surcada como la faz de los campesinos que hicieran de sus eriales tierras de labrantía, regándolas con sudor lo mismo cuando gemía el ábrego y el cielo tornábase nuboso, que cuando un sol abrasador tostaba sus rostros.

Todo es vida en el llano; alegría en la alquería. Con la satisfacción del deber cumplido cantan los gañanes mientras deshacen el ato y preparan los aperos; arreglan los arrieros los fardajes portados por sus cansinas recuas; y en amigable camaradería, hoyando los polvorientos caminos, los labriegos regresan a su aldea querida, envuelta por la nube de humo que partiendo de sus enjalbegadas chimeneas intenta elevarse

al cielo como si fuera a dar gracias al Creador por haber proporcionado a los hogares que la integran «e pan de cada día»...

¡Bendita paz la de la alquería, únicamente turbada en los días de fiestas, en los cuales bailan las mozas manchegas y cantan los mozos coplas regionales, compitiendo con los moradores de los cortijos comarcanos..!

Todo en ellas es típico; el viejo apergaminado, recopilador de refranes; el cura rural archivo de sanos consejos; las viejas chismosas, más ancianas y amigas del rosario que sus contemporáneas de la ciudad; los hombres rudos acostumbrados a escanciar el vino de la tierra; las muchachas coloradotas, frescas como las flores plantadas alrededor de los chozos huertanos. Todo en ellos es quietud, paz. Son pueblecitos muertos durante la noche; con vida durante las primeras horas matinales, cuando el estridente sonar de un caracol tocado en el aduar vecino de unos segadores nómadas despierta a los pájaros de la llanada y a los campesinos de la alquería.

José RECIO RODERO.

Ilustración de Alfredo Palmero.